

ENTRE LA HISTORIA Y LA LITERATURA: EL CID. LA CREACIÓN DE UN PERSONAJE HISTÓRICO

Salustiano Moreta Velayos

Universidad de Salamanca

Me imagino que los gentiles *Amigos de la Historia Najerillense* me han invitado a sentarme a esta «mesa redonda» en mi condición de escritor del libro *Myo Çid el Campeador*. Un título carente de subtítulo que a simple vista contrasta, qué duda cabe, con las expresivas y nada vacilantes aclaraciones que rezan en las portadas de dos obras publicadas por las mismas fechas sobre el personaje en cuestión. De su libro *El Cid histórico* asegura Don Gonzalo Martínez Díez que es *Un estudio exhaustivo sobre el verdadero Rodrigo Díaz de Vivar* y en *El Cid* de Don F. Javier Peña Pérez, con quien tengo el honor de compartir esta «mesa», cuelga el cartel de *Historia, leyenda y mito*.

Puede que, y por descontado no gratuitamente, se pregunten a qué viene esta perorata ¿Acaso tiene la más mínima importancia o significa algo que un libro no lleve subtítulo o se subtitule de una u otra manera? Pues miren, todo depende. ¿De qué?, podrían espetarme. Amables oyentes, es tal el valor que personalmente concedo al asunto que me consideraría satisfecho si al final de mi participación hubiera convencido siquiera a uno solo de ustedes de que jamás los títulos son indiferentes cuando los historiadores se enfrentan a unos personajes que, como el Cid, han tenido durante muchos siglos un protagonismo sin parangón en la mentalidad y en la cultura colectivas, o a asuntos referidos a la que muchos tienen por

la «verdadera» historia medieval de los españoles. Títulos y subtítulos, al menos en los libros de Historia, rara vez son inocentes ni carentes de intencionalidad ideológica o conceptual y, por qué no, política. Preguntémoslo sino a quienes titularon sus obras *La España del Cid*, *La realidad histórica de España* o *España un enigma histórico*, por referirme sólo a brillantes ensayos cuyos autores todos conocemos y que, como es por demás sabido, tanto han condicionado e influido en el desarrollo y en la interpretación de la historia de la España medieval desde la segunda mitad del siglo xx. Principalmente en cuantos se han preocupado y se preocupan por conocer su esencia. Abundaré un poco más en estas ideas.

Con ocasión de la aparición en las librerías, por descontado en no muchas dado que fue publicado por una pequeña aunque encomiable editorial zamorana, de *Myo Çid el Campeador* no faltaron entre mis conocidos los que me preguntaban a bocajarro «de qué va», si era una biografía histórica al uso o una novela histórica. Alguno, profesor universitario por supuesto, no se privó de advertirme que «cudadín» que una novela no la escribía cualquiera. Al parecer, ellos, como probablemente tantos otros, no están muy seguros de lo que puede salir de la pluma de un medievalista de profesión cuando se enfrenta con uno de los mitos más conocidos, al menos por el nombre, de la historia de España. Para salir del paso les respondía que el mío era un libro «sui generis», eso sí, de historia pura aunque no dura. Más difícil me lo pusieron aquellos lectores confesos, por supuesto no demasiados, que en apariencia confusos y desconcertados me espetaban: pero bueno ¿existió o no existió realmente el Cid? Aunque a primera vista no lo pareciera la preguntita, a mi entender, tenía su miga. En la mayoría de los casos les respondía con una ocurrencia más o menos irónica y a algunos que, en mi vanidad de autor me parecieron dispuestos a escucharme les recordé, para que sacaran sus propias conclusiones, el sucedido protagonizado en 1948 por el duque de Alba y por Babieca. Sí, han oído bien, por tan linajudo personaje y por el épico equino. Confiaba en que la, a mi entender, ejemplar historieta aclarara mejor que cualquier otra argumentación mi opinión al respecto.

Según refiere Richard Flecher en *The Quest for El Cid*, en penosa traducción *El Cid*, el titular del más encumbrado linaje español promovió en el referido año una excavación arqueológica con el objetivo de recuperar la osamenta del caballo del Cid. No hará falta que les diga que la disparatada aventura arqueológica del duque acabo en un fiasco absoluto. ¿Se imaginan que alguien tratara de loca-

lizar los restos de Rocinante? Pues igual de esperpéntico. Y fortuna que tuvo el de Alba dado que en el lugar donde realizó la excavación no aparecieron restos humanos. Quién sabe si se los habría atribuido al converso Gil Díaz, el famoso vate Alhuacaxi, el mismo «que fiziera los viersos en razon de la çibdat de Valencia», que bautizado por el mismísimo obispo don Jerónimo había servido en Valencia al Cid hasta su muerte, ocupándose de trasladar sus restos, colocados sobre Babieca como si aun estuviera vivo, hasta la iglesia de San Pedro de Cárdeña y velándolos hasta el día en que al héroe se le desprendió «el pico de la nariz». La más que probable confusión se habría visto confirmada por el testimonio de la *Primera Crónica General* que asevera expresamente que cuando «este Gil Diaz fino, mandosse soterrar fuera en la plaça a par del cauallo del Çid». Y de acuerdo con la citada crónica y con la *Chronica del famoso caballero Cid Ruy Diez Campeador* el «noble caballo» Babieca que murió dos años después que el héroe, no sin antes dejar preñadas a dos yeguas, había sido enterrado por mandato de Gil Diaz «en la plaça, a man derecha, ante la puerta del monesterio, et puso dos olmos en par, el vno del vn cabo et el otro del otro cabo, a los costados, et el cauallo en medio».

Desconozco hasta qué punto el de Alba pertenecía a la legión de enfervorizados cidófilos que en el mundo han sido y cuál era el nivel de sus conocimientos sobre las especiales características de la más que compleja historiografía alfonsí y sobre las diferentes versiones de la *Estoria de España* de Alfonso X a la que tantos desvelos y estudios dedicó Don Ramón Menéndez Pidal y después de él Diego Catalán y quienes vienen dedicándose a desentrañar los misterios de la historia del Rey Sabio. De lo que estoy convencido es de que si el duque o quienes le embarcaron en la hilarante excavación hubieran tenido el buen sentido de leer, como lo que realmente son y significan, la enorme cantidad de materiales épico-cidianos legendarios y contradictorios, alfonsíes o no, recogidos en las distintas versiones de la *Estoria de España* y de las *Crónicas* de los siglos XIII y XIV, jamás se habría embarcado en la fallida aventura arqueológica. Y es que, como con gran sensatez afirma Pierre Vidal-Naquet en *El mundo de Homero*, es «imposible hacer coincidir una epopeya y una excavación. Es igual de sensato buscar la Troya de Homero en Troya como esperar dar con el cuerno de Roldán en Roncesvalles» (p. 26). ¿Por qué tanto empeño en dar cuerpo de carne y hueso, materializándolos, a los mitos? Y Babieca es, quién lo ignora excepto el duque de Alba y sus asesores científicos, exclusivamente un caballo mítico aunque, por descontado, en un grado bastante

inferior que Bucéfalo o Rocinante. Del mismo modo que su jinete Ruy Díaz no es equiparable, a escala universal, a Alejandro de Macedonia ni a don Alonso Quijano.

Pero ¿existió realmente el Cid? Les garantizo que no es mi intención provocar a nadie y menos, si cabe, indignar a quienes estén convencidos de que los restos que descansan en una urna funeraria depositada el 21 de julio de 1921, ante la mirada del mismísimo Don Alfonso XIII, «en una fosa abierta en el crucero de la iglesia catedral cubierta con una losa de mármol rojo, de 3 metros por 1.90 de anchura» (G. Martínez Diez, *El Cid histórico*, p.412) son sin ningún género de dudas los del Campeador, los del por tantos considerado héroe nacional hispano. Personalmente soy cada día más incrédulo, si cabe, al respecto. Pues, sin ser el supuesto idéntico, ¿no podría suceder con los presuntos restos del héroe de la catedral de Burgos lo que le ocurrió al prestigioso excavador decimonónico Heinrich Schliemann que no vaciló lo más mínimo en atribuir a Agamenón el esqueleto adornado con una máscara de oro que descubrió junto a otros en Micenas en 1876? ¿Y si, los hoy tenidos por restos mortales del Cid, fueran nada más ni nada menos que los de alguno de los muy gloriosos doscientos mártires de Cardeña?, por poner un ejemplo tan caro a los amantes de las glorias caradenienses.

Que ninguno de los presentes espere una respuesta convincente y lapidaria a mi pregunta sobre la existencia real del Cid pero que nadie piense que la utilizo como manido recurso retórico de conferenciante para rellenar inanes tiempo y espacio. Desde luego donde no me he topado jamás con el personaje histórico ni he sido capaz de encontrarlo es en cualquiera de las múltiples biografías que se autoproclaman «verdaderas historias» del héroe de carne y hueso. Hay días, cuando leo tan pretenciosas hagiografías, en los que de buena gana daría la razón a Julio Matasanz, el profesor emérito de la novela de M. Vázquez Montalbán, *Erec y Enide*, que refiriéndose al Cid creía a veces que era un invento «historicado y otras meramente literaturizado por el no por eso menos eminente don Ramón Menéndez Pidal» (p. 21).

Facilitaré, con la venia de los oyentes, algunas de las claves y de las razones que me han convertido en un escéptico en relación con los relamidos tópicos que circulan en letra impresa, como si de auténticos axiomas que no requieren de mayor explicación se tratara, referidos a la por no pocos considerada «figura histórica del Cid». Mis dudas, o mejor aún mi razonable escepticismo, comienzan, como expondré más adelante, al observar las características y la naturaleza de la historiografía y de la literatura que dieron origen al particular mundo del Cid, un mundo mítico

por encima de cualquier otra posible consideración. Sin embargo nada tiene de especial que muchos piensen que el Cid existió realmente alguna vez en un espacio y en un tiempo históricos puesto que como argumentó B. Malinowski, aunque refiriéndose a las culturas primitivas, los mitos no tienen la naturaleza de la ficción sino que son una realidad viva (pp. 101-102). Y sin duda, nuestro protagonista fue un mito auténtico, un referente, para una sociedad cristiana de frontera y feudal, inmersa en una guerra plurisecular de reconquista contra el moro infiel.

Puede que unas personales confidencias de egohistoria expliquen un poco mejor mi particular relación con el universo del Cid Campeador, del que sólo soy un osado aficionado. Reconozco que mi salto a la Babel del Cid es bastante reciente habida cuenta mi dilatada trayectoria como medievalista. Lo he dado sin red, de manera solitaria y, por descontado, autodidacta. Desde el primer momento he tratado de alejarme de cualquier tendencia o capilla y permanecer, en la medida de lo posible, ajeno a las directrices ideológicas, normas y programas de los muchos mandarines que crean doctrina y escuela, de quienes suelen ser considerados maestros por el común de los entendidos. Créanme que me siento liberado de los numerosos lugares comunes consagrados por las diversas escuelas, sean «neotradicionalistas» o «individualistas», y no me preocupa que se me tilde de entrar a saco en la que a mi parecer bullanguera confusión cidiana. Lo digo porque esa y no otra es la impresión que me causa la cada día más abundante y, con harta frecuencia, reiterativa bibliografía sobre el personaje y su mundo, el real y el imaginario, producida por los historiadores de la literatura, los lingüistas, los críticos literarios, los medievalistas de oficio y la legión de admiradores del héroe. Desde semejante situación marginal y fronteriza me gustaría recordar el acierto profético del primero y más apasionado de todos los cidófilos, del pontífice de los «neotradicionalistas», el historicista don Ramón Menéndez Pidal, al advertir en *La España del Cid* del peligro que corría el héroe al entrar en el campo de la historia y «ser manoseado por ciertos eruditos modernos» (pp. 593-4). Me imagino que don Ramón pensaba en la legión de corifeos que, para contestar sus tesis o para repetir las de ordinario de forma bastarda, hoy «marea la perdiz» en torno a las cuestiones más intrascendentes. Por descontado de manera escolástica y artificiosa.

No considero preciso insistir en que quienes, desde fechas muy tempranas en relación con la época en que se supone que vivió Rodrigo Díaz de Vivar, escribieron sobre su figura, cronistas o poetas, no albergaban la más pequeña duda

sobre su existencia real. Un cronista desconocido, autor de su primera biografía, una biografía «a favor», en una época en la que únicamente los reyes eran sujetos biografiados, le llama *Rodericus Didaci Campi docti* hijo de *Didacus Flaynez* de la estirpe de *Flaynus Calvus*. Un infanzón dotado de notable talento y habilidades militares extraordinarias, como correspondía a un guerrero feudal educado y armado caballero por el mismísimo rey don Sancho de Castilla y León. La bautizada por Menéndez Pidal como *Historia Roderici* hizo del Cid un guerrero jamás vencido, la guerra fue la razón de su existencia, que coronó una carrera militar triunfante con la conquista de Valencia al ocupante musulmán.

Un anónimo panegirista le bautizó con el sobrenombre de *Campeador* porque «muchacho aún venció a un navarro» en lid singular, en un poema de versos sáficos y adónicos que todavía hoy se continúa publicando en letra impresa bajo el título de *Carmen Campidoctoris*. Nadie discute que se trata de una exaltación del personaje.

El más excelso de los «aedos» en lengua castellana, capaz de versificar por escrito la más universal epopeya oral de nuestra lengua, el *Cantar de Mio Cid*, elevó para siempre al Olimpo de los héroes épicos a *Roy Díaz el Çid Campeador*; el pequeño infanzón que abandonó llorando Vivar camino de un exilio sin retorno, en una composición poética tan adecuada como bella. Un prodigioso cántico épico en el que se funden armónicamente lo real y lo imaginario, la historia y la ficción. Quien quiera que pusiera por escrito el *Cantar* convirtió, mediante la exaltación de sus gestas en el exilio, a un Cid barbado y en edad madura en el más aguerrido y capaz de los guerreros medievales de Castilla y León, en el modelo de todos ellos, en el más generoso de los caudillos y señores feudales, y en el más leal y honrado de los caballeros exiliados de la corona de Castilla. Ningún caballero cristiano rivalizaría desde entonces con la gloria épica del Cid ni con su halo de leyenda.

En la gesta de *Las particiones del rey don Fernando* un Rodrigo bastante más joven que el del *Cantar* se convertiría en activo protagonista de las patéticas y tensas escenas producidas con ocasión del reparto del reino por el rey Fernando I y durante los momentos más cruciales de los fratricidas enfrentamientos que con posterioridad ocurrieron entre los herederos.

Y, finalmente aunque no lo último, un juglar tardío de epopeya cantada dotó al héroe en la segunda mitad del siglo XIV de unos orígenes míticos y de unas *enfances* en el poema de las *Mocedades de Rodrigo*, donde las modélicas virtudes exhibidas por el Cid maduro del *Cantar* se enfrentan a la contestación airada de un

joven imberbe, insolente, arrogante y bravucón, que a nada ni a nadie respeta incluidos su propio padre y su esposa, el rey, el emperador o el mismísimo papa de Roma.

La silueta del Cid que circula por la historiografía castellano-leonesa de los siglos XII, XIII, XIV, y XV, con harta frecuencia no es más que el reflejo de la que elaboraron los cantares y lo que de él cuentan los cronistas se halla influido y condicionado por la fama heroica y por el abundante acerbo de leyendas y cuentos de diverso origen que circulaban entre las gentes desde tiempos nada fáciles de establecer. En vida o inmediatamente después de la muerte del héroe de creer al coro de los cidófilos mas enfervorizados aunque sepamos hoy que ello no siempre fue así. Algo parecido cabe decir del colorista y fascinante, por sobradas razones, romancero cidiano al que tanto debe la popularización del mito cidiano.

Todos los textos hasta ahora citados y aludidos proporcionan noticias más o menos precisas sobre determinados pormenores de la singular trayectoria biográfica de Ruy Díaz, un caballero infanzón de una minúscula aldea próxima a la ciudad de Burgos que, según el autor de la *Historia Roderici*, falleció en la ciudad de Valencia en el mes de julio del año 1099.

Convendría que reflexionáramos sobre la inteligente observación de G. Martín respecto a que uno de los fundamentos de la representación histórico-legendaria de Ruy Díaz se encuentra precisamente en su humilde origen caballeresco. Ninguno de sus ancestros había sido conde ni había formado parte de las elites aristocráticas. Implícitamente los cronicones y las genealogías más antiguos le sitúan en los estratos inferiores de la aristocracia. El auténtico despegue social del linaje cidiano sólo se produce a partir de su nieto García Ramírez el Restaurador (1134-1150). Con el Restaurador la línea del linaje cidiano emparentaría con el linaje de los reyes de Navarra. Una crónica real conocida como el *Liber regum* o *Libro de las generaciones*, compuesta en su redacción navarra en las últimas décadas del siglo XII con el, más que evidente, propósito de servir a los intereses de la nueva dinastía de los reyes de Navarra, asoció el destino del Cid al de los reyes de España mediante el ascendiente común de los monarcas de Navarra y de Castilla. Todos ellos, en último término, descenderían del linaje de Laín Calvo (1992, pp. 127-129, 144-153 y 186-190).

Los mayores y más serios problemas para el medievalista, para los historiadores de la literatura o para los críticos, en resumen para cualquier estudioso del mundo del Cid, radican en dilucidar cuándo se fijaron definitivamente por escri-

to cada uno de los títulos y obras a las que he hecho referencia y cómo han de interpretarse para justificar y comprender su sentido originario. Algo que deberían plantearse con el máximo rigor posible quienes con no poca frecuencia los invocan de manera mecánica, reproduciéndolos literalmente, para reconstruir la que pretenden que sea una biografía histórica del héroe, o en sus propias palabras, la historia del hombre de carne y hueso. Y, por descontado, también el resto de los estudiosos cuyo desacuerdo es indescriptiblemente babélico.

Quizás por eso, y sin que ello signifique que compartamos su punto de partida y menos todavía su ideología o la totalidad de sus conclusiones, tengo la sensación de que nadie fue más coherente y más «científico» en esa búsqueda del héroe de carne y hueso que Don Ramón. Se puede estar de acuerdo o no con el máximo referente historiográfico sobre el Cid pero su riguroso método positivista y su fe en el verismo histórico de las primitivas gestas poéticas, particularmente del *Cantar*, fueron de lo más consecuente y difícilmente puede confundir a nadie su abundante y pormenorizada biografía sobre el héroe. Nada tiene de particular que *La España del Cid* le convirtiera en el pontífice cidiano por antonomasia al que hoy no pocos contestan de manera global. Eso sí, en muchos casos utilizando de modo vergonzante bastantes de los hallazgos de sus siempre sistemáticas investigaciones.

Por lo general, quienes en la actualidad escriben una biografía histórica del Cid utilizan, con la excepción del *Cantar*, las mismas fuentes que Menéndez Pidal: la *Historia Roderici*, el *Carmen Campidoctoris*, un brevísimo cartulario cidiano, los pasajes y extractos conservados en las crónicas cristianas de *La elocuencia evidenciadora de la gran calamidad* de Ibn Alqama y los escritos de Ibn Bassam sobre el que califica como *uno de los milagros de Dios* en el tercer libro del *Tesoro de las excelencias de las gentes de la Península*. Puede que esté confundido, mas cuando hojeo cualquiera de las modernas biografías tengo la sensación de encontrarme ante una especie de glosa lineal de las fuentes a las que sus autores invocan sin que rara vez, por no decir nunca, cuestionen críticamente ni la fecha y el modo de su elaboración ni su autoría y, menos todavía, el valor y los límites de su contenido, salvo los juicios de los historiadores musulmanes de quienes se suele decir que se caracterizaban por «su hostilidad y malevolencia respecto del Cid», sobre todo en el caso de Ibn Alqama (Martínez Diez, p. 28). ¿Se podía esperar una actitud pro Cid de la historiografía hispanomusulmana? «Los árabes nunca han sido entusiastas del Cid, y es lógico» (Vernet, p. 175).

Al margen de lo cuestionable de semejante método de escribir una biografía histórica, el enigma más difícil de resolver radica, como apunté más arriba, en saber cuándo se escribió la *Historia Roderici* que es la biografía del Cid que con más frecuencia glosan e invocan en favor de sus tesis los modernos historiadores. Hoy ya no puede afirmarse, sin ningún tipo de explicación o matización previas, que esa primera biografía latina del Cid la compuso «un testigo ocular de muchos de los hechos narrados, en fecha muy próxima a la muerte del biografiado» (Martínez Diez, p.21), ni que los 128 versos conservados del *Carmen Campidoctoris* se escribieron entre los años 1082 y 1093 es decir en vida del Campeador. No hay que ser historiador de oficio ni un agudo experto en heurística para saber que el simple hecho de ser contemporáneo del héroe o testigo presencial de sus hazañas no garantiza necesariamente la veracidad del relato biográfico ni la objetividad de un panegírico cuyo principal objetivo, sino el único, era la exaltación del personaje biografiado para transformarlo en héroe. Tanto la *Historia* como el *Carmen* con su más que evidentes objetivos encomiásticos del Campeador constituyen dos claros ejemplos de lo que E. R. Curtius llamó «sobrepajamiento», un método para probar la superioridad y «hasta la unicidad del hombre o del objeto elogiados» (p. 235). Pero, suponiendo por un momento la buena fe de los dos desconocidos autores ¿realmente fueron coetáneos del Cid?

Basta una lectura rápida del extenso estudio preliminar realizado por Alberto Montaner y Angel Escobar a la edición y traducción del *Carmen* para comprender cuán lejos nos encontramos de solucionar los complicados problemas que plantean la autoría y la datación de las consideradas por casi todos los eruditos como las dos fuentes más fidedignas, por su contemporaneidad con los sucesos narrados, para reconstruir la biografía histórica del héroe. Por otra parte, es preciso reiterar que ambas fuentes se hallan en el origen del mito sobre la valentía precoz del Cid como vencedor del lidiador navarro y sobre sus excelentes cualidades guerreras y su carrera triunfal como estratega.

Las fechas aventuradas para la escritura de la *Historia Roderici* varían en la mayoría de los casos entre dos hipótesis extremas: la defendida por Menéndez Pidal en torno al año 1110 y la postulada por A. Ubieto entre 1144 y 1147. Una y otra cuentan con suficientes y cualificados seguidores. Montaner y Escobar hablan incluso de que «puede aceptarse un arco cronológico en torno a 1180-1190» (p. 86). Respecto al *Carmen* no pocos piensan que se compuso y divulgó

en vida del Campeador aunque también están los que afirman que es posterior a la muerte del héroe pudiendo haberse escrito entre el año 1100 y la segunda mitad del siglo XII. Suponiendo que, como determinados analistas piensan, el *Carmen* estuviera inspirado en la *Historia Roderici* nos encontraríamos con que podría ser incluso posterior a 1180 (Montaner y Escobar, p. 135).

Considero pertinente reflexionar, siquiera sea con brevedad, sobre la autoría de ambas obras, quiénes eran y de dónde procedían sus autores. Hacerlo supone abordar una serie de cuestiones que necesariamente tienen mucho que ver con la cronología y que, como se entenderá tras lo antes dicho, no son de fácil solución. Como en el caso de la datación, se han planteado las más variopintas hipótesis. Siempre que leo a los especialistas y a los críticos que se ocupan de establecer fechas y autorías tengo la sensación de encontrarme ante una charca en la que las ranas orquestan un brillante concierto bizantino. Que los beneméritos estudiosos me perdonen por tan poco elegante como incorrecta imagen.

Del autor de la *Historia Roderici* se ha dicho que fue un clérigo aventurero y soldado. Menéndez Pidal rechaza que fuera castellano y se pronuncia a favor de un origen aragonés dado que demuestra conocer mejor el reino moro de Zaragoza que Castilla de la que ignoraría casi todo (pp. 916-919). Otros le suponen catalán, navarro o leonés. Alguno apunta que pudo ser don Jerónimo, el obispo de Valencia y puede que obispo de Salamanca después. Y por descontado existen varias atribuciones más. El poeta que escribió el *Carmen Campidoctoris* pudo muy bien ser catalán, aragonés, castellano o de cualquier punto de la España cristiana. Quién sabe si fue un mozárabe leridano o un monje cluniacense. La cuestión no es, por supuesto, baladí habida cuenta de que se ha hablado de objetivos políticos por parte de su autor, pero hoy está muy lejos de resolverse y, probablemente, nunca la podremos contestar con seguridad (cf. Motaner y Escobar, pp. 120-130).

Sin adentrarnos en más profundas y prolijas disquisiciones, sirva lo dicho de advertencia a la legión de crédulos y, no pocas veces, incautos lectores de libros y « biografías históricas », y a los que en su loable intención de escribir la verdadera historia del Cid reproducen literalmente párrafos enteros de la *Historia* y del *Carmen* como si de la Biblia se tratara. Cualquiera puede comprobar con qué frecuencia los biógrafos del héroe usan ambas fuentes para llevar el agua a su molino en apoyo de la, a su personal entender, innegable historicidad de los episodios y acciones que atribuyen al Cid, al de carne y hueso, según ellos. Lo que la

Historia y el *Carmen* refieren no puede elevarse automáticamente y sin discusión a «verdadera historia» del Campeador aunque el estudioso deba utilizar y recurrir inexcusablemente a ambas fuentes. Pero utilizándolas de manera crítica y valorando, siempre desde las concepciones y los métodos historiográficos actuales, el significado y el alcance de las «biografías», de todas, de cualquiera de los cronistas y autores medievales. Sus informaciones y los hechos a los que se refieren únicamente tienen sentido si los integramos en el momento y en las circunstancias en que fueron producidos. Sin ser un historiador de oficio, Eduardo Haro Tecglen acierta de pleno en el blanco cuando afirma que «la historia es un género de ficción que comienza a novelarse desde que ocurre el suceso, y a recibir versiones y censuras desde los minutos siguientes» (p. 85).

Se me ocurre, como mera sugerencia, que podíamos leer la *Historia* y el *Carmen* a la luz de lo que dice Cees Nooteboon en relación con el libro de Norman Lewis, *Voces del viejo mar*. Se lo leo seleccionado: «El autor [N. Lewis] se ha autoeliminado, por así decirlo; es el ojo que narra lo que ve, y eso es arte con mayúscula... Quien ponga ahora un pie en el pueblo de los amantes de los gatos ya no encontrará nada que le sorprenda. El pueblo ya no existe más que en las páginas de este libro... Y por ello, este libro se vuelve, con el transcurrir de los días, cada vez más novela, una ficción... [los personajes] se hacen cada día un poco más grandes, figuras mítica que a saber si existieron o no...» (p. 24). ¿Por qué no imaginar que sucedió algo parecido con Ruy Díaz y todavía sucede con quienes en la actualidad leen las que muy bien pudieron ser las primeras obras sobre el héroe?

Si importante es saber la fecha en que se pusieron por escrito y su autoría no lo es menos preguntarse por la actitud ante la historia de los expertos en dicha época y por el concepto que de la misma pudieran tener los artífices de la *Historia Roderici* y del *Carmen* que, como es fácilmente imaginable, tendría bastante poco que ver con las concepciones y los métodos de la Historia hoy. En relación con esas y otras cuestiones de epistemología histórica en las que ahora no podemos detenernos puede que sea pertinente recordar muy de pasada un par de ideas desarrolladas con cierta amplitud por P. Ariès en 1950 en *Actitud ante la historia en la Edad Media* (cf. pp. 96-146). A su entender el tiempo histórico del hombre medieval es un tiempo inmediatamente deformado. Sorprendentemente, la Edad Media que concedía una importancia fundamental y vital al recuerdo de los hechos históricos inmediatamente los deformaba. Según afirmación de Ariès la

reconstitución del pasado nunca es objetiva. «Por más de cerca que se descienda, la memoria es siempre legendaria, y personas excelentes, conocidas por su buena fe, son las primeras en forjar, sin advertirlo, pequeños fraudes históricos que acomodan los hechos según el espíritu de la leyenda» (p. 109). Lúcida observación que me lleva a pensar que, tal vez, ni la *Historia* ni menos aún el *Carmen* son unas historias del Cid de carne y hueso sino unos panegíricos del guerrero ejemplar con unos objetivos precisos que posiblemente se nos escapan, lo cual no quiere decir que la mayor parte de los acontecimientos a los que se refieren no fueran más o menos históricos. Cada vez me convence más la reflexión de Ariès acerca de que fue a través de la epopeya cómo la Historia entró en la literatura y la Historia fue conocida y sentida bajo la forma fabulosa de la epopeya (p. 132).

Me gusta imaginar que lo dicho nos podría servir para superar el tradicional planteamiento empeñado, en la mayoría de los casos, en separar de manera radical el Cid histórico del Cid literario. Me pregunto si no sería posible profundizar más en las ideas apuntadas por Ariès y otros autores, que no es cuestión de recordar ahora, aplicándolas al caso del Cid y reconocer de una vez por todas que su verdadera historia no es otra que la elaborada por los sucesivos poemas, leyendas e historias, que de manera progresiva recrearon la biografía literaria y legendaria del héroe. Pues de lo que no cabe la menor duda es de que si Rodrigo Díaz entró con tanto ímpetu en la Historia y se halla asentado con tanta fuerza en ella fue gracias al éxito del *Cantar de Mio Cid*, una gesta que trata de la parte final de la vida del Campeador, de lo que le sucedió tras el destierro por el rey Alfonso VI en 1081. Me atrevería a decir que la auténtica historia del Cid, por la que hoy continuamos recordando, estudiando y conmemorando al modesto infanzón de Vivar, comenzó a tomar cuerpo y a ser verdaderamente conocida con la exitosa divulgación del muy verosímil mundo del *Cantar*. Y ello a pesar de que su autor, como Homero, fuera un poeta y no un historiador lo que no fue obstáculo para que, de acuerdo con la reglas del género, intentara dotar a su poema de un estatuto histórico ni para que el *Cantar* fuera prosificado y recogido por los compiladores de la historiografía alfonsí. Desde tal perspectiva la auténtica figura del Cid y su mundo deben bastante más a los poetas de todos los tiempos que a los historiadores de cualquier época.

No hace falta recordar que con el *Cantar de Mio Cid* se repite la historia de siempre en relación con la autoría y la datación. No hay cidiano que se precie que

no haya echado su cuarto a espadas, sin que en las últimas décadas se haya producido ninguna aportación digna de reseñarse. Sin ánimo de profetizar, preveo que se continuará discutiendo y hablando durante muchas décadas de un problema de imposible solución, a menos de que algún día se plantee en términos radicalmente distintos a los tradicionales de Menéndez Pidal que son los que, por lo general, se toman como referente y punto de partida.

Si no supiéramos que la expresión «escribió este libro», que aparece literalmente en el verso 3731 del *Cantar*, no es una firma de autor y que ha de entenderse como que *copio este códice*, bastaría con dedicarnos a investigar la vida y milagros de Per Abbat que «en el mes de mayo en era de mill e doscientos e cuaenta e cinco años» copió el único manuscrito conservado. Pero mientras Per Abbat no sea equiparado y considerado otro Homero, cosa harto problemática y difícil, lo más probable es que los especialistas continúen divagando y discutiendo sobre si el *Cantar* es obra de un poeta popular, iletrado y tal vez analfabeto, que supo utilizar hábilmente las técnicas de la composición oral o si el autor fue una persona culta capaz de reelaborar y poner por escrito materiales preexistentes de la tradición oral de acuerdo con las reglas de ciertos modelos retóricos. Estoy seguro de que en el futuro se continuará vertiendo tinta y ocupando «kas» sobre los conocimientos notariales y cancillerescos del autor. Se hablará, como en su día lo hiciera E. Hinojosa y más recientemente y por extenso Ma. E. Lacarra, de su buen conocimiento de las instituciones castellanas y se volverá a debatir la tesis de Menéndez Pidal sobre si era clérigo o laico y si en lugar de uno solo fueron dos: uno de Gormaz y otro de Medinaceli. Lo más probable es que se sigan escribiendo centones y más centones de farragosas páginas de una más que dudosa utilidad sobre esos y otros inimaginables asuntos. Y es que es preciso presentar muchas tesis y comunicaciones a congresos y reuniones científicas.

Si esto sucede con la autoría parece lógico pensar que el tema de la fecha del *Cantar* se moverá dentro de parecida indefinición y que, por consiguiente, existirán conjeturas para todos los gustos. Y les aseguro que, al menos en esta ocasión, la lógica no falla. Los que deseen comprobarlo que consulten un trabajo reciente de quien es considerado como uno de los mas destacados especialistas, Alan Deyermond, y verán numéricamente clasificadas hasta seis hipótesis distintas al respecto (pp. 82-85). Incluso ese catálogo podría ampliarse utilizando los datos que aporta el propio Deyermond. Entre las diversas hipóte-

sis a las que hace referencia Deyermond, una de las que más han llamado mi atención es la de Joseph J. Duggan en 1989, según la cual el *Cantar* «fue compuesto oralmente por un juglar en sólo un día, hacia fines del siglo XII, y así se explican y se armonizan los datos históricos, lingüísticos y estilísticos» (Deyermond, p. 83).

Para no abundar más en un tema que, como el de la autoría, podría terminar mareando a cualquier oyente normal, digamos que hoy no se sostiene que la primera versión del *Cantar* fuera compuesta inmediatamente después de la muerte del héroe y que como ahora lo conocemos el poema tomaría forma en una época en la que el Cid era ya un personaje con una aureola casi mítica. La tendencia más generalizada en la actualidad es fechar la composición del *Cantar* que admiramos en el único manuscrito conservado, el que muy probablemente ordenó copiar el concejo de Vivar, en torno al año 1207. Si la fecha fuera cierta sucedería que habría transcurrido más de un siglo desde la muerte de *Myo Çid el Campeador* hasta que el poema se fijó definitivamente por escrito. Por supuesto, no hay por qué descartar que el *Cantar* se transmitiera de memoria en memoria a través de los juglares desde muchísimo tiempo antes. Pero dejemos los problemas de autoría y de datación a la moderna crítica textual «renacida con planteamientos a la vez viejos y nuevos», al entender de Diego Catalán (p. 75), renacimiento del que no estoy excesivamente convencido.

Cambiando de tercio, coincidirán conmigo en que el *Cantar de mio Cid* es un texto paradigmático y, muy probablemente, único en su género para plantear y debatir el problema del Cid Campeador como personaje en el filo de la literatura y la historia, tema de esta mesa redonda. Por encima de cualquier otra consideración porque el *Cantar* es un texto literario, poético, considerado universalmente como la máxima expresión de la épica en romance castellano. Quienes trabajaban en torno a 1270 en el taller historiográfico de Alfonso X no vacilaron en considerarlo como un texto histórico fidedigno, merecedor del mayor crédito y como si de una crónica veraz de los últimos años y hazañas de *Ruy Díaz de Vivar Myo Çid el Campeador* se tratara lo incluyeron, prosificándolo, en la *Primera Crónica General*. Transcurrieron los siglos y Menéndez Pidal calificó el *Cantar* de fuente poética valiosa para el conocimiento de la verdadera biografía del Cid y de la España de su época. Con idéntico verismo histórico que los cronicones y los documentos notariales y diplomáticos.

Siempre me ha sorprendido que un erudito tan sistemático, agudo y exhaustivamente informado como don Ramón no tuviera en cuenta que, como norma general, los poetas épicos alteraban y transformaban los hechos históricos, sin ánimo de engañar ni confundir a nadie, con el exclusivo propósito de ofrecer a sus oyentes una imagen coherente y convincente del pasado. Como dicen y repiten hoy la mayor parte de los estudiosos, el poeta épico elaboraba un modelo explicativo de su propio mundo y ofrecía una interpretación política e ideológica del pasado en función de sus personales intereses ideológicos y políticos por lo que no le preocupaba en absoluto manipular, más o menos descaradamente, los hechos históricos mediante la utilización y la mezcla de materiales verídicos y ficticios. Sólo desde semejante óptica podría admitirse que el contenido del *Cantar de Mio Cid* es «subversivo». El poeta, «según era usual en creaciones literarias medievales transporta la geopolítica del presente al tiempo historiado» (D. Catalán, p. 493). Nadie debería, por consiguiente, sorprenderse de que varios de los treinta y tantos personajes históricos que aparecen en el *Cantar* sean excelentes recreaciones literarias sin que, en bastantes casos, apenas guarden relación alguna con sus biografías reales. El caso más paradigmático es el de Alvar Fáñez, el deuteragonista del Campeador que en todo momento aparece en la ficción poética al lado del héroe cuando, como es por demás conocido, en la realidad histórica ambos personajes actuaron siempre separados y con absoluta independencia (D. Catalán, pp. 484-5). En no pocas ocasiones el autor utiliza la historia real para elaborar el *Cantar* pero su concepto de historia poco tenía que ver, por no decir nada, con el de la moderna historiografía. Como observa Diego Catalán «el cantor de *Mio Cid* utiliza los personajes y hechos históricos en beneficio de su ideario personal y de la *fabula* histórica en la cual lo expresa y no, viceversa, construye un relato para presentar «hechos», «noticias», de que está informado» (p. 444). En el mundo del *Cantar* todo remite a alguna situación coetánea del autor. De ahí que el poema sea una inigualable muestra de historia y ficción. «La meta era, según apunta F. Rico, que el Cid les pareciera a los oyentes tan vecino como el mismo juglar» (p. XIII).

¿No podría valer lo dicho a propósito del *Cantar*, «mutatis mutandis», a cuantos hoy insisten en escribir la «verdadera historia» del Cid apoyándose casi exclusivamente en la *Historia Roderici* y en el *Carmen Campidoctoris*? Sí, ya se que son textos difícilmente equiparables por tantísimas razones. Pero puede que no resultara del todo inútil intentar una relectura y una utilización de ambas fuentes a la luz de semejantes planteamientos.

Contada de manera muy sucinta, la historia del Cid del *Cantar* es la de un infanzón en edad madura que a causa de una conspiración urdida «por malos mesureros» cae en la *ira regia* de Alfonso VI quien le castiga al destierro. En el exilio emprende una serie de exitosas operaciones militares contra los moros en las que pone de manifiesto sus cualidades como caballero y excelente estratega. Culmina sus hazañas y su carrera militar con la conquista de Valencia a los musulmanes. Sus triunfos y los repetidos obsequios al rey castellano-leonés le hacen acreedor al perdón y al favor de don Alfonso quien le pide que conceda la mano de sus dos hijas a los infantes de Carrión. Objeto de burlas y chanzas injuriosas por parte de las mesnadas del Cid, los infantes deciden abandonar Valencia donde se habían celebrado las suntuosas bodas. En compañía de sus esposas los taimados infantes se dirigen a Carrión con el premeditado propósito de vengarse de los desprecios sufridos. En el camino tiene lugar la vejatoria y cruenta afrenta a las hijas del Cid en la soledad del robledal de Corpes en tierras de San Esteban de Gormaz. Para reparar semejante injuria a su honor el Cid consigue en una sesión solemne de las cortes en Toledo que el rey condene a los infantes a enfrentarse en lides judiciales a los campeones designados por el héroe. Celebrados los combates en Carrión, el honor del Campeador quedaría finalmente restaurado. Como todos los héroes, el del *Cantar* había buscado en el exilio forzoso honor y gloria y, a decir verdad, con la segunda boda de sus hijas los consiguió por encima de sus expectativas iniciales:

Oy los reyes d'España sos parientes son,
a todos alcança ondra por el que en buen ora nació.

Gracias al autor del *Cantar*, la figura del Cid, qué duda cabe, había entrado en la Historia, les guste o no a los historiadores. Y si el mito del Cid fascina todavía a las generaciones actuales es, sobre todo, gracias al *Cantar* aunque no sepamos exactamente cuándo ni quién lo escribió.

Como cada cual, conozco aquello de que «las comparaciones no son buenas», mas siempre que releo el *Cantar* no puedo menos de comparar la imagen poética del héroe maduro con la trazada en alguna de las semblanzas biográficas más recientes del «Cid histórico». En el fondo, que no en la forma, ni en el lenguaje en que se expresan, son increíblemente parecidas. ¿Por qué será? El Cid de la gesta es, en inequívoca afirmación de J. Horrent, «un personaje muy real, tan real que se hace hombre verdadero» (p. 353): es mesurado, ponderado, equilibrado, sagaz, fuerte, mañoso, guerrero valiente y sanguinario contra el musulmán, invicto, jurí-

dicamente riguroso en sus actuaciones, leal y fiel al rey su ingrato señor, a su tierra y a sus vasallos, generoso, cortés con las damas, marido y padre ejemplar, etc.. En *El Cid histórico* de G. Martínez Diez nuestro protagonista es un guerrero invicto, ideal de caballero en la lucha contra el Islam, vasallo siempre fiel de su rey Alfonso, político magnánimo y generoso, versado en el mundo del derecho, buen esposo y padre de familia y, finalmente, cristiano creyente (pp. 428-450).

Recordaré, para concluir la intervención, un detalle más de mi personal ego-historia. Quien lea *Myo Çid el Campeador* se dará cuenta de que de todas las edades del héroe la que auténticamente me fascina es la de su juventud, rebelde y desmesurada. Un joven adolescente «insolente, y altivo, bravucón y turbulento, sin ley ni rey» (p.99), perfectamente retratado por el también anónimo autor de las *Mocedades de Rodrigo* hacia mediados del siglo XIV. Todos los gestos del joven Rodrigo fueron desmesurados. A Menéndez Pidal le parecía que el poema de las *Mocedades*, una epopeya de la decadencia, pintó a un tipo «con colores poco simpáticos». Para tan destacado cidófilo el héroe auténticamente épico y modélico era el del *Cantar* (1959, p. 76 y 107-136). A mi, y no precisamente por llevar la contraria al maestro, el de las *Mocedades* es el Rodrigo que me apasiona. Prefiero recrearme en la imagen de un joven que grita al mismísimo rey don Fernando sentirse «amanzellado» porque su padre le besó la mano en señal de vasallaje que sentir vergüenza propia viendo al héroe maduro del *Cantar* tascar la hierba a los pies de Alfonso VI en un gesto de humillación y acatamiento vasallático extremos de acuerdo con la liturgia laica de un rito antiquísimo rito de la comunión laica (véase mi artículo *Y el héroe tescó la hierba*). Pero, en definitiva, puede que todo no sea más que una cuestión de gustos y, por qué no decirlo, de ideología.

Tras las huellas de don Ramón, el cantar de las *Mocedades* ha merecido la atención de destacados hispanistas en los últimos cincuenta años. Es el caso de Samuel George Armistead y de Alan D. Deyermond . Recientemente G. Martín ha realizado una interesante revisión crítica de toda la literatura, histórica y crítica, relacionada con las «*Enfances de Rodrigue*» (pp. 442-498) y Diego Catalán ha profundizado en «las *Mocedades de Rodrigo* y la transformación de la personalidad del héroe: el *Soberbio Castellano*» (pp. 512-529).

Concédanme licencia para recordar lo que escribí en *Myo Çid el Campeador* sobre la impresión que me produjo la primera lectura de las *Mocedades*. A mi «me pareció una obra ambigua, polisémica y, como tal, susceptible de interpretaciones

divergentes. Al menos en todo lo referente a la personalidad y significado de los dos protagonistas: el rey don Fernando y el joven Rodrigo Díaz» (p. 112). Hasta este momento sigo pensando lo mismo y, en consecuencia, suscribo de nuevo la tesis de G. Martín acerca de que la aparentemente desmedida conducta de Rodrigo en las *Mocedades* «enmascara un auténtico manifiesto sociopolítico a favor de la autoridad real existente y en contra de la alta nobleza, adversaria tradicional de la monarquía» (p. 113). En definitiva y como sucede con el resto de los Cid literarios, el de las *Mocedades* nos remite a circunstancias y situaciones históricas reales, propias y específicas de la época en que se concibió y se puso por escrito.

Tengo la sensación de que el verdadero Cid, el realmente histórico, es el que aparece en la literatura anónima más primitiva, el de los cantares épicos y el que cabalga por el rico acervo de romances relacionados con ellos y que tanto contribuyeron a la creación y difusión de la figura del héroe, incluida la recogida en la historiografía de cualquier época por muy remota que sea. Déjenme, gentiles oyentes, que durante un instante me identifique, no sin rubor, con el mismísimo *Don Quijote de la Mancha* quien tenía llena su fantasía de las «soñadas invenciones» que leía en los libros. Para tan genial loco «no había otra historia más cierta. Y la primera de todas «invenciones» era, qué coincidencia, «que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero» (*Primera parte, c. I*).

Los abundantes testimonios que hoy podemos leer sobre la «historia» del Cid se hallan en el origen de un magma complejo de historia, leyenda y literatura sobre el que, como hasta el presente, eruditos y cidófilos continuarán reflexionando en el futuro; semejante magma y sus enigmas constituyen el material más consistente y la garantía más sólida de la existencia para siempre del mítico personaje. En julio de 1099 moría en Valencia Ruy Díaz de Vivar. No desaparecía, empero, para la Historia. Novecientos tres años después sobrevive al olvido de los muertos y se le conoce universalmente por un mítico sobrenombre, *el Cid Campeador*. Gracias a los documentos literarios, y sólo a ellos, nadie puede hoy negar su existencia. Más allá de cualquier corporeidad de carne y hueso, el Cid es un personaje tan real como los ideales y preocupaciones de todo tipo de los hombres plasmados en cada uno de los títulos de los que, a mi manera, me he ocupado en esta mesa la última mañana del mes de julio del 2002. Jamás, por mucho que nos empecinemos, sabremos lo que pensó y sintió realmente Ruy Díaz el infanzón de Bivar.